

NÚMERO ESPECIAL DE AGOSTO

REVISTA + TRES PELÍCULAS + DISCO DE MICHAEL JACKSON + NOVELA

SÓLO
3€

tiempo

DEL 31 DE JULIO AL 27 DE AGOSTO DE 2009
NÚMERO 1.422 www.tiempodehoy.com



La nueva hornada del cine español

■ Los actores que triunfan en televisión conquistan la gran pantalla



Emanuel Esperto

Miriam Giovanelli

Alex Barahona

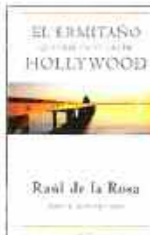


Alfonso Guerra pide un nuevo pacto constitucional. "Hay que evitar más zarandeos al Estado"



EXTRA DE VERANO
Los diez libros que arrasarán en otoño

El ermitaño que veía películas de Hollywood



El ermitaño es un hombre generoso y cordial, que siempre tiene la puerta abierta y el consejo apropiado para quien acuda a verlo. Para ilustrar sus enseñanzas recurre no sólo a parábolas y citas de filósofos y grandes sabios sino también a la inesperada profundidad de algunas películas de Hollywood.

Raúl de la Rosa, escritor y filósofo práctico, ha experimentado y ahondado en los campos de la ecología, la salud medioambiental, las religiones y las tradiciones ancestrales. Es autor de obras sobre espiritualidad y crecimiento interior como *Sé feliz*, *El poder de ser consciente* o *La senda del chamán*.

El ermitaño que veía películas de Hollywood / Raúl de la Rosa / Ed. Vergara / 224 págs. / Precio: 16€ / Publicación: 9 de septiembre.

CAPÍTULO 1: TRAS LAS HUELLAS DEL DESTINO

El viejo ermitaño estaba meditando en su choza como hacía todos los días, rodeado de sus discípulos, cuando levantó la mirada hacia su extraño reloj como si no lo hubiese visto en mucho tiempo.

—¡Ya! —dijo antes de levantarse.

Salió de la choza, se dirigió hasta la fuente, y con unas tijeras y una cuchilla de afeitar se cortó su larguísima melena y su tupida barba cana. Miró su cara en el agua cristalina y se sintió satisfecho, como si se hubiese quitado un gran peso de encima, y desapareció por el sendero ante los ojos atónitos de sus seguidores.

Mientras bajaba por el sendero, se encontró con Leo, un joven inquieto y espigado que hacía poco tiempo había perdido su trabajo y que después de haber oído hablar del ermitaño de largas barbas, se dirigía a su encuentro con la esperanza de que se convirtiese en su maestro.

Leo le preguntó por el gran sabio que vivía en la montaña y del que tanto iba a aprender, el mejor y más grande maestro, sin saber que le preguntaba por él mismo.

—No conozco a ese tipo —contestó algo tajante, aunque luego sonrió con complicidad y, amablemente, le dijo—: Si realmente quieres conocer al maestro que ahora necesitas, vuelve sobre tus pasos y ve a ver al Labrador con el que seguro te habrás cruzado antes de llegar aquí.

—Sí, he visto a un Labrador arando su campo. Ha sido él quien me ha indicado el camino para llegar hasta la cho-



za del ermitaño, pero me parece que no sabes de qué te estoy hablando —le dijo con aspereza—, busca a ese sabio para que me transmita su sabiduría, para que me ayude a resolver mis problemas y se ocupe de mí.

—¿Tienes un minuto? Te contaré una historia: dos amigos iban por una senda como esta, junto a un acantilado. Como varias veces estuvieron a punto de caer al abismo, uno le dijo al otro: “Vamos a ocuparnos el uno del otro. Tú vigíame por si tropiezo y yo haré lo mismo por ti”. Al cabo de un rato, el amigo tropezó y cuando parecía que iba a caer, logró cogerse de una rama, pero el otro, que trataba de agarrarlo, lo empujó sin querer y los dos cayeron al abismo. Mientras caían, el amigo le gritó: “Creo que será mejor que la próxima vez tú te ocupes de ti y yo de mí”. ¿Y tú, vas a esperar a caer por el abismo antes de decidir empezar a ocuparte de ti? —le dijo el ermitaño con aire socarrón, antes de alejarse por la vereda serpenteante.

Leo se quedó en la montaña durante un tiempo, aunque el ermitaño ya no estaba. Esperó por si volvía, pero el ambiente se fue enrareciendo y hasta Lucía, su discípula más aventajada, parecía perdida y acabó dudando de él, al igual que muchos otros de sus discípulos que no entendían lo que había sucedido.

—Se ha corrompido.

—Ha perdido la razón.

—Hacia tiempo que se veía venir.

—En realidad, todos sabíamos cómo era...

Al cabo de un tiempo, el joven bajó de la montaña y se encontró con el Labrador que le había indicado el camino que conducía hacia donde vivía el ermitaño.

—El ermitaño me dijo que tú eras el maestro que yo necesitaba —le explicó un tanto perplejo.

—Vaya, ese hombre es un guasón. ¿Qué podría enseñarte yo? Lo único que hago es labrar este campo para dar de comer a mi familia. Todos los días vengo aquí. Cuando es la época de sembrar, siembro, y cuando crece el fruto, cosecho. Sigo a mi mula intentando que no se salga del surco. Y pongo toda mi atención en lo que hago. ¿Qué podría enseñarte alguien tan ignorante como yo?

Dentro de Leo se movían emociones encontradas. Por un lado, aquel hombre parecía tener razón: ¿qué podía enseñarle? Pero, por otro, el ermitaño debía de ser un hombre sabio a pesar de haberse ido sin dar muchas explicaciones y por algo le habría dicho que se quedase con el Labrador.

—Sí, ya sé quién es ese hombre —dijo el campesino, dándose un golpecito en la cabeza como si de pronto le hubiese llegado la imagen—. Hace unos días, al poco de verte a ti subir hacia la montaña, apareció por aquí y me dijo que vendrías y que te diera trabajo. Yo le contesté que no estaría mal un poco de ayuda de un hombre joven, pero que no tenía nada con qué pagar. Él me contestó que no hacía falta, que tú me pagarías por trabajar conmigo hasta que recogiésemos la cosecha.

Leo miró asombrado y confundido al hombre. Durante unos instantes quedó aturrido sin saber qué decir. Él no tenía mucho dinero, hacía poco que le habían despedido y su situación anímica y económica no era la mejor, aunque algo sí podía pagar. Pero, ¿pagar por trabajar en algo tan duro? Qué absurdo. Miró al hombre, un analfabeto, vio sus manos encallecidas, su rostro surcado de profundas arrugas, y detrás el vasto campo que araba. Inexplicablemente, se oyó decir:

—Sí. Me quedaré contigo si me aceptas y te daré lo

poco que llevo encima -dijo sacando su cartera de la mochila.

-Es increíble -dijo el hombre tras contar el dinero-. Es justo la cantidad de dinero que necesito para comprar las semillas. El año pasado el granizo acabó con la cosecha y este año sólo iba a poder plantar una pequeña parte del campo. No era suficiente para sobrevivir hasta el próximo año. Es increíble. Pero tengo que ser honesto, no sé qué puedo enseñarte yo, a ti ni a nadie.

-Aun así me quedaré -contestó el joven sumido en una extraña fe.

Ya el primer día, aunque el labrador no era muy dado a la charla, se quedaron conversando hasta bien entrada la tarde junto a su familia, su mujer y sus tres hijos.

Mientras trabajaba con el labrador, Leo fue entendiendo que un héroe no es el que lucha contra titanes, dioses y gigantes, sino quien sale todos los días a la calle o al campo a trabajar o a buscarse el sustento como buenamente pueda. El héroe es aquel que trata, a pesar de todos los obstáculos y dificultades, de seguir adelante con su vida de una forma digna y ética. Leo fue aprendiendo que no quería ser sobrehumano, ni superhéroe, ni supervillano, simplemente quería ser lo que era.

No sólo es héroe quien se enfrenta a grandes peligros y aventuras sino el que se enfrenta cada día, sin mentiras ni autoengaños, a lo que la vida le depara a cada momento. Es en ese día a día donde se conoce realmente a los valientes, a los que se esfuerzan en las pequeñas cosas, en realidad las grandes cosas, sin presumir ni esperar aplausos, a los que se sobreponen a la adversidad, a la pereza mental, a la desesperación.

Mientras trabajaban de sol a sol, el viejo labrador le fue explicando que para él la mayor enseñanza de la vida era labrar tras el arado y su mula, una y otra vez,

los campos durante años y años. Ése fue el ejemplo que vio, día a día, encarnado en aquel hombre.

Aquello era verdadera meditación, un acto de unidad con la tierra, era el acto de mirar y comprender el mundo que lo rodeaba, y también era un acto de amor hacia su familia, y como así aquel hombre era feliz, podía transmitir a los demás su serenidad, su alegría de vivir sin especulaciones, sin discursos, sólo estando, viviendo, respirando.

Leo descubrió la forma de vida sencilla y sosegada del labrador, pero también vio que otros campesinos vivían una vida complicada y estresante. La vida en el campo no exime del miedo, del ansia de poseer, de la ambición, del odio y del resentimiento. Y comprendió que no era el lugar o el oficio lo que daba estabilidad a las personas, sino cómo vivían. Quizá fue esto lo que le hizo intuir uno de los motivos por los que el ermitaño se había marchado de la montaña.

-El ermitaño me dijo que cuando hubiésemos acabado de cosechar te dijera que él se dirigía a la ciudad, a los suburbios -le dijo el campesino.

-Pero aún no hemos cosechado -contestó Leo, que al quitarse el pañuelo con el que recogía el sudor de su frente dejó ver su pelo desparramado en rebeldes mechones pelirrojos.

-Lo sé, pero me parece justo que después de todo lo que has hecho por mí lo sepas, y si quieres puedes irte cuando te parezca.

-No, no me iré hasta que hayamos terminado.

Ese día llegó, y cuando estaban a punto de despedirse, Leo vio bajar a Lucía de la montaña.

-¿Qué haces aún por estas tierras? -le preguntó sorprendida por ver a Leo.

-¿Y tú adónde vas?



El héroe es aquel que trata, a pesar de todos los obstáculos y dificultades, de seguir adelante con su vida de forma digna y ética

-Me voy de aquí. Nada me queda por hacer en esta montaña. Estamos todo el día discutiendo por tonterías, es de locos. Unos imitan al ermitaño, otros lo desprecian o lo critican. Si hasta yo misma he estado haciéndolo, y no sé si con razón o sin ella. Qué más da. Es de locos.

-Amiga. Creo que deberías quedarte aquí con este hombre y su familia una temporada. Es una práctica muy interesante, la mejor que he hecho hasta ahora. Encima, no te saldrá muy caro.

-No tengo dinero. Además, ¿no debería cobrar por trabajar en vez de tener que pagar?

Leo había comprendido la primera gran lección del ermitaño: el premio real, el verdadero pago está en la misma acción, especialmente cuando los frutos de dicha acción van dirigidos hacia uno mismo, hacia su interior.

-No hace falta que pagues nada -dijo el labrador-. Gracias a nuestro amigo, hemos tenido una buena cosecha. Si quieres, quédate, tu ayuda será pago más que suficiente. Pero te diré lo mismo que le dije a él: no creo que tenga nada que enseñarte.

-No lo creas -intervino Leo-. Pero deberías averiguarlo por ti misma.

-Por favor -le dijo Leo al labrador antes de irse cuando vio que la joven no podía escucharlos-, cuando hayáis cosechado dile hacia dónde ha ido el ermitaño.

-Lo haré, cuenta con ello.

Mientras se alejaba, Leo creyó comprender de verdad que las decisiones deben tomarse basándose en principios y no en intereses. Presintió que así, tal vez las cosas no le irían tan bien como a otros que sólo miran por su propio interés, pero también supo que de esta forma le sería más fácil acertar, hacer lo correcto.

¿Serán las vivencias con el labrador las que llevarán a Leo a dar los primeros pasos para percibir sus conflictos de forma más distanciada, a sentirse íntegro con lo que hacía y a comportarse de forma natural con el labrador y su familia? ¿El trabajo con la tierra hará que Leo aumente su energía vital y su capacidad de concentración en el momento presente? ¿Podrá afrontar la realidad cotidiana con más calma y objetividad? Si Leo consigue que sus metas sean elevadas, si es capaz de dirigirse a ellas, entonces será libre y dueño de sus actos, entonces estará preparado para decidir cuál es su camino y para aceptar lo que suceda.

CAPÍTULO 2: LA BÚSQUEDA

Cuando llegó a la ciudad, el ermitaño durmió donde podía. El buen tiempo aún acompañaba y él no era muy exigente, aunque pronto el invierno mostró su frío rostro.

Por el día, cogía retales y papel arrugado y sucio de la basura y pintaba en él con un fino pincel guiado por sus firmes y minuciosas manos. Las manchas de grasa o de aceite del papel le inspiraban formas y figuras. Nubes, montañas, animales y personas surgían de la imaginación y el azar.

Cuando necesitaba algo de dinero, el ermitaño iba a los mercadillos o ponía sus telas y dibujos en la misma calle, al aire libre, y mucha gente se acercaba a verlos. A unos les pedía mucho dinero, a otros nada. A unos les regalaba sus dibujos y los trataba con deferencia, a otros se negaba a vendérselos a ningún precio, aunque siempre se comportaba de forma afable con todos.

-Unos pueden mucho, otros poco. Unos valoran las cosas por lo que cuestan, otros por lo que para ellos valen. Otros, nunca valorarán lo que les ofreces... -solía decir.

De vez en cuando le gustaba ir a exposiciones de artistas callejeros, y especialmente al cine. Decía que muchas películas, al igual que la vida, encerraban una sabiduría que estaba al alcance de cualquiera que de verdad quisiera verla. Leo no sabía el nombre del ermitaño. Nadie lo sabía. Preguntó por él en muchos lugares de la ciudad, especialmente en los suburbios. Un tipo tan extraño no podía pasar desapercibido. En pleno invierno solía llevar una pelliza de lana blanca y una bufanda roja muy llamativa, a juego con el gorro, y los dos pares de calcetines, también de lana, que se ponía en cuanto llegaban los primeros fríos. Decía que el color rojo daba energía y calor en las zonas del cuerpo que más lo necesitaban. Pero cuando llegaba el verano sólo llevaba una fina camisa, pantalones de lino y alpargatas. Además se afeitaba la cabeza hasta que llegaba el otoño. No, no era un tipo que fuese a pasar fácilmente inadvertido.

Finalmente, tras muchos días de búsqueda, encontró al ermitaño revolviendo en un cubo de basura. Se acercó a él con su andar desgarrado. No se podía decir que Leo fuese un galán; tenía el pelo desmañado, la nariz torcida, y un aspecto bastante desaliñado, pero de él emanaba el encanto de los desafortunados, encanto que él, sin saberlo, cultivaba.

-¡Hombre! -exclamó el ermitaño con su buen humor habitual-. Veo que has encontrado el camino.